

JOSÉ PEÓN DEL VALLE, ENTRE EL ROMANTICISMO Y EL MODERNISMO

La efervescencia artístico-literaria de la última década del siglo XIX tuvo numerosos actores y protagonistas que operaron como factores decisivos para dotar tanto de personalidades diversas como de una variedad estética esos años irrepitibles. Realismo, naturalismo, romanticismo, modernismo, decadentismo, etcétera, coinciden en ese momento en una convivencia enriquecida por las sucesivas polémicas, pero que lo dotan de entidad y vigor. Si hubo una década inaugural en la literatura mexicana, entendido el ejercicio literario como la posibilidad de elección dentro de una amplia oferta en la que coexisten cenáculos y camarillas, tendencias y poéticas, corrientes y paradigmas, revistas y publicaciones periódicas de todo tipo y condición, esa fue la de 1890 a 1900; pero no porque antes no hubiera un movimiento recio y ejemplar o porque después no se perciba un ramal igualmente pletórico, sino porque en esos años, esa convivencia y esa coparticipación en espacios comunes y en movimientos aparentemente contradictorios, dotó a la literatura mexicana de una personalidad singular, cuya peculiaridad reside en el respeto mutuo independientemente de la opción poética, literaria y artística preferente. Esta capacidad para dejar de lado las diferencias, que no quiere decir que no se reconozcan, produjo un efecto que habría de operar como una directriz presente en buena parte del siglo XX. Esa última década decimonónica concedió no sólo un inicio, sino unas constantes que se mantuvieron durante cincuenta años; más que una poética, lo que heredó el siglo siguiente fue una sensibilidad que cohesionó y afinó el trato entre grupos y generaciones, como si esos escritores hubieran mostrado una conciencia histórica que actores de otros ámbitos profesionales y sociales hubieran sido incapaces de exhibir.

Uno de esos poetas que hicieron de su entusiasmo y su juventud una carta de presentación y, a la vez, una afirmación de que el mundo comenzaba entonces, a principios de la década de 1890; como si la experiencia inaugurara no sólo la vida de su portador, sino del país entero; como si el pasado ni siquiera fuera un recuerdo confortable, a pesar de que su padre, José Peón Contreras, no sólo representaba el pasado inmediato, sino un romanticismo que más que una memoria representaba un modo, todavía vigente, de estar en el mundo. Este artículo quiere dar cuenta de ciertos avatares de la vida de Peón del Valle, pero limita su interés literario a su primer poemario, publicado en 1886, y sus colaboraciones en la *Revista Azul*, entre 1894 y 1896; dos momentos que muestran el cambio de estética del autor plenamente asumido en el libro de 1903, *Poemas y versos*, pero que no se contempla en estas páginas puesto que excedería el espacio ajustado para su publicación.

José Peón del Valle, nació en Orizaba, Veracruz, 1866, y murió en 1924, en Nueva York. Hijo de José Peón Contreras, desde niño disfrutó de un ambiente literario y cultural que lo encaminó prematuramente hacia la literatura. Ingresó en la Escuela Preparatoria de Xalapa y, más tarde en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde recibió el título de abogado en 1893. Antes, con Enrique Sort de Sanz, había dirigido *La juventud literaria* (1887-1888), una revista que apenas llegó a un año de vida, destinada a dar a conocer a noveles autores. Sirvió como agente del Ministerio Público, juez cuarto de lo Criminal. Al mismo tiempo, inició una carrera política que lo llevó a ocupar un escaño como diputado por la circunscripción de Veracruz en 1906; poco después, a la muerte de Manuel José Othón, fundó al lado de Higinio Vázquez Santa Ana, Severo Amador y Marcelino Dávalos, la Sociedad Artística Manuel José Othón; además, fue miembro fundador del Partido Democrático, formalmente constituido el 22 de mayo de 1909, cuyo antecedente, el “Club antirreeleccionista de México”, asumió el lema “Sufragio efectivo. No reelección.” A finales de 1908, Porfirio Díaz invitó a los mexicanos a iniciar una nueva etapa “democrática” en el país, una proclamación a la que se unieron personalidades públicas de distinto signo público, como Heriberto Barrón, Manuel Calero, Rafael Zurbarán, Juan Sánchez Azcona y José Peón del Valle. Nemesio García Naranjo recuerda así la conformación de ese grupo:

Don Manuel Calero publicó un folleto en el que recomendaba la formación del Partido Democrático; y en respuesta a la recomendación, unos cuantos abogados y escritores, instalaron un club bajo la presidencia

de don Benito Juárez hijo. Un crítico mordaz comentó cruelmente: necesitamos un hombre completo y solamente se nos da un “nombre”. Los principales figurantes de aquel núcleo fueron Manuel Calero, Diódoro Batalla, José Peón del Valle, Jesús Urueta, Rafael Zubaran Capmany, Manuel María Alegre, Carlos Trejo y Lerdo de Tejada y Manuel Castelazo Fuentes. La mayoría de ellos se inclinaba tibiamente a favor del general Reyes y eso bastaba para que yo no pensara en engrosar sus filas.¹

Salvador Azuela, en el prólogo a *La etapa maderista de la Revolución* de Juan Sánchez Azcona, igualmente incluye a Peón entre los fundadores del Partido Democrático:

Figura [Sánchez Azcona] entre los fundadores del Partido Democrático con Jesús Urueta, Manuel Calero, Diódoro Batalla, Rafael Zubaran Capmany y José Peón del Valle. Partidario apasionado de don Francisco I. Madero, en la convención del Tívoli del Elíseo, que se celebra en la capital del país, en la que el autor de *La sucesión presidencial en 1910* es designado candidato a la Presidencia de la República, Sánchez Azcona queda al frente del Comité Ejecutivo del Partido Antirreeleccionista.²

Pero es en *Apuntes para la historia de la Revolución Mexicana*, en donde Azcona pormenoriza y explica el proceso de formación del Partido Democrática:

Enviamos más de cien citatorios a hombres que juzgábamos capaces de comprendernos y de tener el valor civil de ir a escuchar nuestras insinuaciones. Pero sólo concurrieron a la primera junta quince ciudadanos, al tenor del acta oficial de ella, que empieza así:

“En la ciudad de México, el 13 de diciembre de 1908, a invitación de los ciudadanos Juan Sánchez Azcona, Francisco de P. Sentíes y Heriberto Barrón, en el edificio de la A. C. de J., sito en la calle del Puente de Albarado número 23, se reunieron los siguientes ciudadanos, además de los tres mencionados: licenciado Faustino Estrada, ingeniero José de la Paz Rendón, Adolfo Arzamendi, licenciado José Peón del Valle, licenciado Gustavo Suzarte Campos, Manuel M. Alegre, licenciado Toribio Esquivel Obregón, licenciado Manuel Calero, Benito Juárez, licenciado José Gra-

¹ N. García Naranjo, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, pról.. Fernando Curiel y epíl. Alberto María Carreño, Factoría Ediciones, México, 1998, pp. 3-4

² S. Azuela, “Prólogo”, en Juan Sánchez Azcona, *La etapa maderista de la Revolución*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1960, p. 8.

cia Medrano, licenciado Jesús Urueta y licenciado Joaquín Baranda Mac Gregor...”³

Además, Peón del Valle colaboró en el diario *México Nuevo*, fundado por Sánchez Azcona, cuyo primer número salió a la calle en 1908 y, desde el principio, exhibió su talante antiporfirista. El periódico operó como una plataforma para dar a conocer el ideario de su director, Sánchez Azcona. En sus páginas colaboraron Jesús Urueta, Manuel M. Alegre, Francisco Cosío Robelo, Vicente F. Escobedo, Matías Oviedo, Alfredo Rodríguez, Luis Frías Fernández, Octavio Campero, Antonio Mediz Bolio, etc. Sánchez Azcona insiste en la importancia de *México Nuevo* en la lucha revolucionaria:

Puedo decir sin jactancia que *México Nuevo* fue el paladín de la efervescencia prerrevolucionaria, y que no se limitó a demoler o procurar demoler, sino que sembró claras doctrinas de libertad, de orden y de progreso. Cuando el movimiento armado se desarrolló, *México Nuevo* siguió publicándose en San Antonio Texas y el que había sido diario democrático, se transformó en el órgano de la Insurrección Nacional.⁴

Pero Peón del Valle, a pesar de fundar el Partido Democrático, limitaba la reelección al vicepresidente, pero no la cuestionaba en el caso del dictador, como consigna García Naranjo:

Don Porfirio contemplaba impasible la guerra sin cuartel, que libraban los miembros de su propio gobierno, José María Lozano y yo atacamos con pasión y hasta con virulencia al general Bernardo Reyes y fuimos electos diputados. Manuel Calero y Diódoro Batalla, José Peón del Valle y Benito Juárez disparaban dardos envenenados contra Corral, y también merecieron formar parte del Congreso Federal. Así pues, dentro del propio porfirismo, se encontraban los destructores de los prestigios secundarios de la dictadura.⁵

Sin embargo, la adhesión de Peón del Valle al antireeleccionismo no parece que fuera especialmente incondicional puesto que, cuando Bernardo Reyes declinó su candidatura a la vicepresidencia, tanto él como

³ J. Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia de la Revolución Mexicana*, Tallares Gráficos de la Nación, México, 1961, p. 60.

⁴ *Ibid.*, p. 73.

⁵ N. García Naranjo, *op. cit.*, p. 98.

otros opositores, así Manuel Calero, Diódoro Batalla, Jesús Urueta o Benito Juárez, lo abandonaron.⁶ Las reticencias frente a la opción representada por Madero nunca fueron vencidas por José Peón del Valle quien, todavía en noviembre de 1910, a pesar de su descontento con el régimen, no se adhería a su campaña. A raíz del derrocamiento de Porfirio Díaz y de la dimisión del vicepresidente Ramón Corral, posiblemente José Peón del Valle no definió sus opciones políticas en términos de ventajas personales y pronto se enfrentó al gobierno de Victoriano Huerta, motivo por el que se exilió en 1916. Federico Gamboa consigna el día exacto en que desembarcó Peón del Valle en Cuba, en la anotación del 19 de abril de ese año, con un escueto: “Llegaron de México Pepe Peón del Valle, en calidad de deportado, y Perico Méndez y Méndez con su esposa. Habrá que hablar con ellos.”⁷ Ese encuentro tuvo lugar al día siguiente y en él expuso Peón del Valle las razones de su reclusión y, más tarde, de su destierro:

Acababa de almorzar cuando llegaron Pepe y Ramón Peón del Valle.

Lo que me cuentan de su encarcelamiento y su deportación.

Pepe abunda en mis deseos: irse a España por mucho tiempo. Reniega, como yo, de la república y la democracia: dos pécoras que maldito para lo que sirvieron nunca. Y me ratifica lo que tantos me dijeron antes que él:

—¡Que en México entero se anhela que entren los americanos para que nos civilicen, y pongan un remedio urgente a tanta barbarie! ¡A lo que hemos llegado... *Miserere!*⁸

A su regreso a México, ocupó diferentes puestos oficiales, como el de secretario de la directiva de la Inspección Cultural y Artística, de la que fue vicepresidente, y presidente Luis G. Urbina.⁹ En abril de 1922, es elegido Peón del Valle secretario del recién creado Consejo Cultural y Artístico de la Ciudad de México.¹⁰ Poco después se le diagnosticó un cáncer de garganta, dolencia de la que murió dos años después.

⁶ *Ibid.*, p. 144.

⁷ F. Gamboa, *Mi diario (1912-1919)*, t. VI, CNCA, México, 1995, p. 342.

⁸ *Ibid.*, p. 343.

⁹ Ver F. Gamboa, “6 de marzo de 1920”, *Mi diario (1920-1939)*, t. VII, CNCA, México, 1996, pp. 57-58.

¹⁰ *Ibid.*, p. 70.

Realizó dos largos viajes a Europa y Estados Unidos; el primero, en 1906, junto con su padre quien falleció poco después, en 1907; el otro, en 1914. Dos años después, se exilió por motivos políticos en La Habana. En 1924, murió en Nueva York. Su agitada vida, sus viajes y desplazamientos, originaron algunos libros, del mismo modo que su experiencia del destierro.¹¹ Al exilio, se debe *Cuba Victrix (Romancero de la guerra de independencia)*, de 1918;¹² a sus viajes y recorridos por Europa, *Brumas del norte (leyendas y tradiciones)*,¹³ *Tierra nihilista. Recuerdos de Rusia*, 1907.¹⁴ Sin embargo, el interés de estas páginas está acotado por sus dos primeros volúmenes de poesías, *Vibraciones y cadencias* de 1886¹⁵ y *Poemas y versos* en 1903¹⁶, que limitan estrictamente lo que fue su participación en el modernismo y decadentismo.

Si se respeta el grupo de los “decadentes” consignado por Belem Clark y Ana Laura Zavala, Peón del Valle fue el mayor del grupo, seguido por Jesús Urueta, cinco años mayor que José Juan Tablada y cuatro que Amado Nervo. Las historiadoras referidas registran el talante de este grupo en unas pocas pero ajustadas palabras: “además de pugnar por los mismos cambios que años antes Gutiérrez Nájera propuso (el idealismo del arte, el rechazo rotundo a la mimesis, la búsqueda constante de la belleza, la renovación verbal, la transmisión de sensaciones e impresiones...), fue un grupo que presentó el “hastío”, las “convulsiones angustiadas”, la duda existencial y religiosa de fin de siglo.”¹⁷ José Peón del Valle, a pesar de su discreción y reserva, aparece en un primerísimo lugar cuando estalla la primera polémica decadentista cuyo detonante fue la carta de José Juan Tablada, titulada “Cuestión literaria. Decadentismo”, publicada en las páginas de *El País*, el 15 de enero de 1893, donde la dirige a Balbino Dávalos, Jesús Urueta, Alberto Leduc, Francisco de Olaguíbel y José Peón del Valle. En esas líneas, Tablada reconocía la conformación de

¹¹ *Enciclopedia de México*, Enciclopedia de México, México, 1977, [s. v. José Peón del Valle].

¹² J. Peón del Valle, *Cuba Victrix. (Romancero de la guerra de Independencia)*, Librería Cervantes de Ricardo Veloso, La Habana, 1918.

¹³ J. Peón del Valle, *Brumas del norte. (Leyendas y tradiciones)*, Valencia, s. f.

¹⁴ J. Peón del Valle, *Tierra nihilista. Recuerdos de Rusia*, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1907.

¹⁵ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, s. e., México, 1886.

¹⁶ J. Peón del Valle, *Poemas y versos*. J. Ballezá y Cia., México, 1903.

¹⁷ B. Clark y A. L. Zavala, “El modernismo mexicano a través de sus polémicas”, en *La construcción del modernismo. (Antología)*, UNAM, México, 2002, pp. XX y XXI.

una camarilla de jóvenes poetas que apostaban por una estética diferente, más acorde con la irrupción de la modernidad:

La última vez que estuvimos reunidos en la capilla de nuestras confidencias artísticas, enlazados fraternalmente por una perfecta comunión de ideas, identificadas en absoluto por la afinidad de nuestros temperamentos, resolvimos unir nuestras fuerzas para luchar e impulsar lo más alto que nos fuera dado un principio artístico, un dogma estético que, por lo mucho que sentimos, es el más propio para reunir en una sola idea nuestros cerebros y en un solo latido nuestros corazones.

Resolvimos, de común acuerdo, ligarnos y obrar en igual sentido para apoyar en México la escuela del *decadentismo*, la única en que hoy puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hábito de la educación moderna.¹⁸

Años después, Tablada recogió este episodio en *La feria de la vida* que concluyó en su renuncia como responsable del suplemento literario del diario *El País*, en 1893:

Solamente ofrecí renunciar a la dirección literaria, antes que sacrificar mis convicciones artísticas, y convencido íntimamente de las razones administrativas, arremetí contra el público en una carta publicada y dirigida a Jesús Urueta, Balbino Dávalos, Leduc, Olaguíbel y José Peón del Valle, que aunque romántico como poeta, era generoso y entusiasta en cuanto a libertades literarias.¹⁹

Sin embargo, a diferencia de los congregados en la dedicatoria de la misiva de Tablada y del propio Tablada, ya entonces Peón del Valle era autor de un libro de poemas, *Vibraciones y cadencias*, publicado en 1886,²⁰ doce años antes, por ejemplo, de que Tablada entregara a la imprenta *El florilegio* (1898), u once de que Francisco M. de Olaguíbel

¹⁸ J. J. Tablada, "Cuestión literaria. Decadentismo", en B. Clark y A. L. Zavala, *op. cit.*, p. 107.

¹⁹ J. J. Tablada, *La feria de la vida. Memorias I. Obras*, t. IX, ed. y nots. Fernando Curiel Defosée, UNAM, México, 2010, p. 421. A diferencia de lo sucedido con otros cofrades, Tablada guardó siempre una amistad con José Peón del Valle, como confirma esta entrada en su diario el domingo 11 de junio de 1922: "Lista para enviar anuncio de mis artículos en *International Studio*", en la que se registra el nombre del autor de *Brujas del norte*. En *Diario 1900-1944. Obras*, t. IV, UNAM, México, 1992, pp. 185-186.

²⁰ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, s. e., México, 1886.

viese en las librerías *Oro y negro* (1897). Peón del Valle fue un poeta precoz, por lo menos a ojos de sus cofrades, dueño de un nombre y una fama como versificador de la que carecían los demás. Quizás este hecho explique la dedicatoria de la carta abierta de Tablada, porque no hay demasiados testimonios de su convivencia con los decadentes, aunque su nombre asome aquí y allá, en diarios y memorias, crónicas y recuerdos. Como Olaguíbel o Bustillos, su presencia en la camarilla decadentista no fue tan significativa y determinante como la de Rubén M. Campos, Chuchito Urueta o Jesús Valenzuela. En realidad, hay pocas noticias acerca de su vida y, más bien, las conjeturas articulan esas informaciones. No hay duda de la vocación poética de Peón del Valle, pero tampoco de que compaginaba el ejercicio literario con otras actividades que explican en parte su presencia apenas consignada dentro de la cofradía de Tablada. Sin embargo, hay que subrayar esa adhesión a la estética decadente, al igual que el resto de la nómina registrada por el autor de *La feria de la vida*. En octubre de 1893, en las planas de *El Siglo XIX*, Tablada insistía, mediante una pintura de fondo mitológico muy fin de siglo, en el repertorio consignado en enero de ese año:

En un bello mural pentélico cincelado por un Fidias, cabría el Maestro Sierra con su majestad de Olimpo y su épica hermosura: en un álbum de Chéret tocado a la acuarela, la mundana elegancia del Duque Job; el Padre Pagaza, sobre el fondo de oro de un tríptico medioeval; Urbina en un lienzo de Teniers, luciendo junto a un *bock* su obesidad flamenca; en un medallón florentino el perfil de Peón del Valle; Valenzuela en una poderosa terracota; Urueta (conmigo) en un álbum de Ho-Ku-Sai, sobre una hoja de papel de arroz esmaltada por el pincel japonés; Bustillos con su enamorada musa en una *bergerade* de Sajonia; Micrós y Olaguíbel en dos *netzukés* de Tokio –dijes danzantes sobre el vientre de algún daimio– y Balbino Dávalos, en fin, en un agua fuerte pálida y asombrosa, ennegrecida y alumbrada por el claro-oscuro de un Goya!²¹

En las pinceladas de Tablada aparece el espíritu decadente que el grupo había adoptado en una velada celebrada el 7 de enero de 1893, la noche antes a la publicación del poema “Misa negra” del propio José Juan Tablada en *El País*, que tanto revuelo causó en su momento y que

²¹ J. J. Tablada, “Diez semblanzas. Los artistas literarios. Balbino Dávalos”, *Crítica literaria. Obras completas*, t. V, ed., selec. y pról. Adriana Sandoval, UNAM, México, 1994, pp. 83-84.

supuso la presentación en público de la joven cofradía. Esa celebración fue consignada años después por Balbino Dávalos en las primicias de sus *Memorias*, donde aclara qué entendían por decadentismo y su relación con el simbolismo francés:

Ese proceder simbolista creó en el sensacionalismo intelectual de París, por una parte, aprecio, simpatía y aun apasionamiento; pero mucho resabio, desdén o fisga de parte de los demás, y nació en tono de mofa, qué sabemos de dónde, la denominación de “decadentes” para quienes enarbolaban en su flamante pabellón la enseña de simbolistas. Y éstos aceptaron con despreciativa altivez el mote:

–“Sí, nos llamamos decadentes como ustedes lo quieren; no porque nos asemejemos a los decadentes del Imperio Romano, sino porque de la decadencia actual, llevaremos en adelante el decaído arte de ustedes en ascendencia triunfal y gloriosa al porvenir”.

Y ¿cómo nuestra juventud no se dejaría arder en tal llamarada?²²

El fervor poético originado por el decadentismo explica en parte la adhesión incondicional de los jóvenes poetas que a la par que intercambiaban versos y lecturas, participaban alegre y despreocupadamente de las expansiones que les ofrecía la bohemia capitalina. Peón del Valle aparecerá en algunos cuadros que atestiguan esta vida, aunque su presencia se va difuminando con el paso de los años, bajo el supuesto de que así como la mayoría de sus correligionarios coincidían en las redacciones de publicaciones y diarios, la vocación jurídica del veracruzano lo llevó hacia otros ámbitos. Mientras Nervo, Tablada, Urueta, Olaguíbel, Carlos Díaz Dufoo, compaginaban su escritura con las exigencias del periodismo y, en particular, por las empresas impulsadas por Rafael Reyes Spíndola, como *El Imparcial*, *El Mundo* y *El Mundo Ilustrado*, Peón del Valle prefería el trato con juristas y políticos; es cierto que no descuidaba a sus camaradas, pero limitaba sus encuentros a compartir las páginas de las publicaciones comunes, antes que a la vida social que rodea a la actividad cultural. Con todo, hay recuerdos que lo sitúan en alguna de esas reuniones celebradas por los modernistas, como en las siguientes líneas de Rubén M. Campos:

²² B. Dávalos, “Primicias de las Memorias de don Balbino Dávalos”, en *Revista de Revistas*, año XXVIII, núm. 1472 (7 de agosto de 1938), p. 48, en Luz América Viveros Anaya, “Estudio introductorio”, en Ciro. B. Ceballos, *En Turania. Retratos literarios (1902)*, UNAM, México, 2010, pp. XX-XXI.

Un día, por aquellos años, recibimos los antiguos miembros del Liceo Mexicano y los poetas y escritores residentes en México, una invitación para cenar en el restaurante Sylvain firmada por don Joaquín D. Casasús y don Ángel de Campo, para reinstalar la sociedad literaria que fundó el maestro don Ignacio M. Altamirano y de la que surgieron poetas y escritores de renombre, entre los que se contaban Luis G. Urbina, José M. Bustillos, Enrique Fernández Granados, Luis González Obregón, Antonio de la Peña y Reyes, José P. Rivera, Ángel del Campo (Micrós), José Peón del Valle y otros cuyos nombres olvido.

Cenamos alegremente, sin la expansión del bar, pero con las dulces añoranzas del tiempo en que, bajo la presidencia del maestro, se reunía el Liceo Mexicano en el coro de la Iglesia de San Agustín trasformada en Biblioteca Nacional; y el primer acuerdo que se aprobó por unanimidad, al abrirse la sesión literaria después de la cena, fue el de que se llamara la agrupación “Liceo Altamirano”, como un homenaje al maestro muerto en San Remo en 1892.²³

Por su parte, Tablada sitúa a Peón del Valle en el homenaje dedicado a Manuel Gutiérrez Nájera, a principios de los noventa, en el grupo de los decadentistas que el propio Tablada califica como la infantería de los escritores:

De grupo en grupo, en torno de la enorme mesa circulaban las frases regocijadas y las entusiastas alusiones al talento del príncipe de las letras mexicanas. El doctor Flores, Carlos Díaz Dufoo, Jesús Valenzuela, eran los más brillantes ejemplos del buen humor y más allá Justo Sierra, entre un grupo de políticos, lucía los prestigios de su palabra tan docta como amena. En el “mosquete” estábamos José Peón del Valle, Pepe Bus-

²³ R. M. Campos, *El bar. La vida literaria de México en 1900*, pról. Serge I. Zaitteff, UNAM, México, 1996, p. 181. Federico Gambia ubica también a José Peón del Valle en una de las reuniones del Liceo Altamirano, en esta ocasión a causa de un homenaje hacia su persona: “Interesante, y para mí gratísima, la sesión con que esta noche se dignó honrarme, ¡y tanto!, el Liceo Altamirano, en la suntuosa morada que en la calle de los Héroes habita en unión de su familia Joaquín D. Casasús, quien hizo los honores de amo de casa con la singular largueza que le es peculiar. La cena, exquisita, en el elegante comedor imperio, y la sesión, luego, en la magna y nutrida biblioteca que se esconde en los fondos del jardín. Estábamos: nuestro huésped, Pepe León-Portillo y Rojas, Manuel Sánchez Mármol, Victoriano Salado Álvarez, Pepe Peón del Valle, Rafael de Alba, Norberto Domínguez, Manuel H. San Juan, Rubén M. Campos, qué sé yo cuántos más, y “servidor” en la poltrona de la presidencia.” 11 de octubre de 1908, en F. Gamboa, *Mi diario (1905-1908)*, t. IV, CNCA, México, 1995, p

tillos, Luis Urbina, Urueta, Alberto Leduc que acababa de escribir “Fragatita”, uno de los más bellos cuentos mexicanos...²⁴

Belem Clark subraya la importancia del Liceo Altamirano (1889-1905), junto con el Liceo Mexicano Científico y Literario (1885-1892) y la Sociedad Literaria Cuauhtémoc (1891-1894), como una plataforma que incentivó el modernismo a principios de la última década del siglo XIX, al congregarse a lo más nutrido de los nuevos poetas que apostaban sin titubeos por la estética finisecular.²⁵ Alicia Perales Ojeda consigna a José Peón del Valle dentro de la nómina de miembros de “una nueva Sociedad Navarrete”, fundada en 1897 por Alfonso Aranda y Contreras. La asociación tuvo, en primer lugar, a la revista quincenal *El Bohemio*, 1898, como su órgano preferente, cuya actividad apenas llegó a los cuatro meses, para que *Crisantema* tomara su relevo a partir de junio del mismo año y hasta abril de 1899. La publicación congregó a los escritores más importantes del momento: Justo Sierra, Amado Nervo, Rubén M. Campos, Juan de Dios Peza, Juan B. Delgado, etcétera.²⁶

Tampoco tuvo Peón del Valle un papel destacado en las polémicas en torno al decadentismo de los años 1893 y 1896, fuera de la misiva mencionada que le dirigió Tablada y, en todo caso, una breve alusión de Amado Nervo, bajo el pseudónimo *Rip-Rip*, en su columna “Fuegos Fatuos. Los poetas mexicanos y el pueblo”, publicada en *El Nacional*, el 27 de junio de 1896, en la que refiere la poca o ninguna atención que ha recibido la poesía de la novísima promoción decadentista:

Sofrenaré, pues, la pluma, que, cuando se empeña en correr, no hay medio de detenerla, y concluiré manifestándole que sí tengo en mucho lo que Peón del Valle, Urbina y Larrañaga escriben; que, lejos de dudar un punto de su mérito, he sido un lector asiduo de sus exquisitos versos, en loor de los cuales he hablado y escrito mucho; pero que... ni Larrañaga, ni Urbina, ni Peón del Valle, ni Díaz Mirón, ni Tablada, ni Olaguíbel... han sido comprendidos por el pueblo ni para él escriben.²⁷

²⁴ J. J. Tablada, *La feria de la vida*, ed. cit., p. 227.

²⁵ B. Clark de Lara, “¿Generaciones o constelaciones”, en B. Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. I, UNAM, México, 2005, pp. 36-37.

²⁶ A. Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas*, UNAM, México, 2000, pp. 214-215.

²⁷ *Rip-Rip* [Amado Nervo], “Fuegos fatuos. Los poetas mexicanos y el pueblo”, *El Nacional*, t. XVIII, año XVIII, núm. 297 (27 de junio de 1896), p. 2, en B. Clark y A. L. Zavala, *op. cit.*, p. 191.

Nervo reconocía la indiferencia con la que la sociedad mexicana había acogido la propuesta finisecular encabezada por la promoción modernista que irrumpe en el panorama literario del país a principios de la década de 1890. La transformación del movimiento romántico en ese modernismo del que hasta ese año la cabeza más visible era Manuel Gutiérrez Nájera había sido inventariada por éste en el ensayo, “La poesía mexicana en 1891”; un artículo en que, a la vez que lamenta la postración del escritor sometido por la servidumbre de sus colaboraciones en los periódicos, saluda con entusiasmo a los noveles escritores mexicanos:

En cambio, cuando leo *El Siglo* por las tardes y me hallo con una gota de rocío, con una gota de perfume, caída de la pluma elegantísima de nuestro Anacreonte, de Rafael de Zayas, siento frescura en el espíritu. Ese viejo... ¡perdón! Ese muchacho, aún no deja a la pobre Dido abandonada. Siento alegría al ver en *El Universal* versos de José Juan Tablada, pensados en francés, casi escritos en francés, algo neuróticos, pero siempre bellos y reveladores de un gran talento artístico: Me regocija que Fernangrana siga libando la miel de mirtos jónicos, y que Balbino Dávalos, al traducir, haga creaciones verdaderas. ¿Qué haría yo para sacar a Micrós del *Nacional*; a Bustillos y Carlos López del *Correo*... a tantos otros que se tragan esos pozos llamados redacciones u oficinas?²⁸

El itinerario poético de José Peón del Valle no estuvo amenazado por esos “pozos” de las redacciones que se tragaban a sus colaboradores. Por ello, es posible que el veracruzano transitara su andadura literaria con un sosiego desconocido para sus compañeros. De ahí su inopinada ausencia en reuniones y tertulias, fiestas y faunalias. En cierta manera, su relación con la promoción encabezada por Tablada se limitó tanto a sus expectativas profesionales como a su modo de entender el quehacer literario. Sin duda, su carácter ponderado y pulcro contribuyó a mantener una prudente distancia con la bohemia y, a la vez, le sirvió para utilizar esa personalidad distinguida y renacentista como un reclamo que hizo de su distancia una forma privilegiada de presencia. Por eso, sí es posible seguir ciertos pasos de Peón del Valle más vinculados con reuniones sociales formales cuyo propósito era literario, como el siguiente recuerdo de Federico Gamboa, registrado en su *Diario* el 10 de mayo de 1908:

²⁸ M. Gutiérrez Nájera, “Buscando casa”, en *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera. Prosa*, t. II, pról. A. Nervo, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1903, pp. 379-382, en *Ibid.*, pp. 104-105.

Varios martes y sábados hemos venido reuniéndonos en casa de Joaquín D. Casasús —una residencia que tira a palaciega y que Joaquín ha levantado a pulso—, Victoriano Salado Álvarez, Luis G. Urbina, José Peón del Valle y yo, para fallar el concurso de dramas y comedias nacionales abierto por Justo Sierra desde su solio de Instrucción Pública. ¿Iremos a declararlo desierto?... ¡Ojalá que no!²⁹

Hay algo enigmático en el hecho de que Pepe Peón del Valle publicara en la *Revista Azul* y no lo hiciera en ninguna de las dos épocas de la *Revista Moderna* (1898-1911), ni tampoco en *Savia Moderna* (1906). Es posible que su actividad política lo hubiera alejado definitivamente de los centros literarios más efervescentes entonces, pero esta conjetura se ve desbaratada por la publicación en 1903 de su segundo poemario. Quizás, esa distancia de la que ya se ha hablado respecto del grupo modernista que, a partir de 1898, comanda Jesús Valenzuela, no le ayudó a subirse otra vez al carro literario, pero lo más probable es que diferencias irreconciliables con Valenzuela y Jesús Urueta lo hubieran alejado definitivamente de sus antiguos camaradas, entre otras cosas porque tanto con uno como con otro compartió espacios y tiempos en el Congreso hacia 1906. La publicación de *Poemas y versos* parece el adiós definitivo de Peón del Valle a la poesía y, quizás, esta despedida explique por qué no hay una sola colaboración en verso a partir de ese año, ni la escritura de un nuevo poemario, a pesar de que en algún lugar se menciona que a su muerte dejó inéditos dos libros de versos, *Hojas del camino* y *Miércoles de ceniza*.³⁰ Si así fue, esos dos libros continúan sin publicarse.

Vibraciones y cadencias se publicó en 1886, en una edición de autor, con un prólogo de Francisco J. Gómez Flores (1843-1907) como respuesta a una misiva del autor hacia él que precede su presentación. El prologuista fue amigo de José Peón Contreras, padre del autor del poemario, y publicó un reconocido ensayo titulado “Noticia de la vida y obra de José Peón Contreras”, recogido en el volumen *Bocetos literarios* (1891). El afecto y la amistad están en el origen de la solicitud del prólogo por parte de Peón del Valle y de la respuesta de Gómez Flores en forma de presentación. Peón del Valle reconoce esta situación, al afirmar

²⁹ F. Gamboa, *Mi diario (1905-1908)*, t. IV, CNCA, México, 1995, pp. 158-159.

³⁰ <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=peon-del-valle-jose> [08/07/2012]

en la carta dedicatoria: “Justo me pareció siempre, dedicar al mejor y más antiguo amigo de mi padre, las primeras notas de mi lira, y si así no lo había hecho, era porque fundado temor me asaltaba al pensar que otras miradas que las mías iban a fijarse en el libro que encerrara mis composiciones.”³¹ El hecho es significativo, puesto que es fácil suponer que el prologuista estaría al tanto de las inquietudes del novel poeta y proporciona unos rasgos de carácter importantes en términos de su carácter en ese momento, así como de la vena poética preferente. En realidad, las características del librito son previsibles tanto en su temperatura emocional como en la disposición literaria del autor. En todo momento, Peón del Valle no se aparta de la corriente romántica, de manera que el mapa poético que levanta en esos versos obedece a esa sensibilidad que se traduce en temas y formas, medida de los versos y estrofas. Para su autor, seguramente representaron una novedad, cuando en realidad el liviano romanticismo mexicano ya comenzaba a desvanecerse. *Vibraciones y cadencias* presenta un repertorio de lugares comunes y tópicos, muy traqueteados para entonces, cuya novedad en todo caso reside en la mirada y la pluma de José Peón del Valle. Hay que resaltar el reconocimiento del autor a la labor del poeta en tanto que soldado, una comparación que retomaba el viejo tópico hispánico inaugurado por Garcilaso: “No se me oculta, en verdad, que si en la lucha sucumbo, ni el consuelo ha de quedarme, de caer como los gladiadores romanos, con airosa apostura sobre la sangrienta arena.”³²

Por su parte, Gómez Flores comienza la presentación refiriendo la estirpe literaria de la que procede Peón del Valle, “joven autor de las poesías siguientes, es hijo del laureado vate José Peón Contreras, a quien la fama pasea ya en triunfo por el orbe literario.”³³ Elogia el cultivo del verso que compara con el “santo culto de la virtud” y colige que el poemario se origina en el desencanto y la decepción ante la realidad a la que se enfrenta el autor, cuya juventud “truécase a poco en ruinoso montón de desengaños, donde si logra arraigar alguna mustia flor, es como las tristes parásitas que adornan melancólicas, las grietas de un sepulcro adornado.”³⁴ Breves líneas, pero elocuentes de la temperatura de un poemario propiamente romántico y de una sensibilidad que en ese momento hace

³¹ J. Peón del Valle, “A Francisco J. Gómez Flores”, *Vibraciones y cadencias*, p. V.

³² *Ibid.*, p. VI.

³³ F. J. Gómez Flores, “Dos palabras”, en J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, ed. cit., pp. VII-VIII.

justicia a la edad del autor. Gómez Flores introduce la función del poeta en términos religiosos, una característica que más tarde, los decadentes, adoptarán con decisión y que, de alguna manera, prefigura esa torre de marfil a la que los modernistas se mudarán más tarde. El poeta es el profeta, pero también el sacerdote de esa nueva religión del arte que entonces comenzaba a consagrar a sus primeros ministros: “la obra poética que ha de alcanzar vida perdurable, debe ser como el pan eucarístico y el licor sagrado, carne y sangre del poeta, su cuerpo y su espíritu, la totalidad de su ser representada en el fruto bendito de su inspiración.”³⁵ Si el poeta es sacerdote del arte igualmente se inmola a cada verso, a cada poema, y esa inmólación, ese sacrificio, se traduce en el dolor que de un modo u otro se desliza en esta obra. Finalmente, Gómez Flores no duda en comparar a José Peón del Valle con Bécquer, hasta el punto de considerarlo su discípulo más aventajado, “tanto por el fondo cuanto por la forma.”³⁶ A continuación, proporciona hiperbólicamente la genealogía poética a la que pertenece el autor: “Es un Bécquer adolescente y fresco; un Heine pudibundo; un novel palafrenero de Pegaso que como Andrés Chenier, tiene *algo* dentro de la frente.”³⁷ Salutación entusiasta y apasionada, obsequiosa y halagüeña, encubre en su complacencia las carencias del libro. Pero, además, merece la pena destacarse el hecho de que el librito fue reseñado por Manuel Gutiérrez Nájera, por lo que no es difícil conjeturar que *Vibraciones y cadencias* recibió una buena acogida por parte de los lectores y que, la presentación de Gómez Flores, excedida y desproporcionada, en algo se ajusta a la verdad.

El poemario se estructura en torno a los dos rubros del título: *Vibraciones y Cadencias*. El primero está conformado por 25 poemas numerados cada uno de ellos; mientras que el segundo presenta 31. *Vibraciones* incide en el dolor, la muerte, la soledad, esa nostalgia indefinible de una edad todavía no asumida. Para Gutiérrez Nájera, “sus versos son verdaderas vibraciones, como él las llama. La musa no desarrolla una armonía en esa arpa de oro: pasa, [...] pellizca una de sus cuerdas y se va riendo de la travesura.”³⁸ Juego y compostura, travesura y gravedad, otorgan a

³⁴ *Ibid.*, p. IX.

³⁵ *Ibid.*, pp. X-XI.

³⁶ *Ibid.*, p. XIII.

³⁷ *Idem.*

³⁸ M. Gutiérrez Nájera, “Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle”, en *Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana, Obras*, t. I, ed. Erwin K. Mapes, UNAM, México, 1995, p. 288.

estos versos un bizarro equilibrio entre la seriedad y la ligereza. Por momentos, no se pueden negar las resonancias bequerianas (“suspirillos a lo Bécquer” dijo Núñez de Arce con desdén refiriéndose a este tipo de versos), pero muy alejadas del modelo, como en el poema IX:

Al morir la primavera
Las golondrinas se van,
Y el nido se queda desierto en el muro,
Y el viento de otoño, lo arranca al pasar!³⁹

Sin embargo, Manuel Gutiérrez Nájera advierte en esa imitación becqueriana una virtud que arrumba el desdén de Núñez de Arce: “El gran poeta, el amante feliz de la musa de treinta años, olvida que también tiene su dulce encanto el rumor vago y efímero de una esquila de plata, herida por una flecha que se pierde. Busquemos si esos suspiros han brotado del alma y nada más.”⁴⁰ Otros, ofrecen el tópico de la despedida y la inminencia de la separación:

Llegó por fin el temido instante,
–¡Adiós!– le dije; y nada contestó,
Y por la vez postrera nos miramos
Ella llorosa y angustiado yo!

Del mundo me olvidé, reinó el vacío
Entonces para mí...
¡Sólo agitarse a lo lejos
Su blanco pañuelo vi!⁴¹

Igualmente la medida de los versos y las estrofas utilizadas están acordes con el poema citado: heptasílabos y octosílabos habitualmente se combinan con otros de arte mayor, con frecuencia endecasílabos y, casi siempre, en estrofas tradicionales como cuartetas o cuartetos, redondillas o serventesios. Gutiérrez Nájera afina estas características para consignarlas así: “de estos brillantes, pequeñitos como cabezas de alfiler está compuesto todo el libro. Ya tiene perlas ese poeta, pero todavía no sabe

³⁹ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, ed. cit., p. 13.

⁴⁰ M. Gutiérrez Nájera, “Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle”, en *op. cit.*, p. 288.

⁴¹ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, ed. cit., p. 8.

componer collares.”⁴² La postración sentimental del poeta de 20 años en ocasiones da la impresión de una impostura o de una actitud artificial, gobernada por el capricho de una edad que transforma la pose en certeza, como en el poema VI:

¡Qué tristes las horas pasan,
¡Oh! Qué tristes,
Cuando acuden a la mente
Los recuerdos
De otras horas más felices!⁴³

No es fácil aceptar la sinceridad de esta actitud más cercana al gesto, que a una convicción de fondo. Gutiérrez Nájera también lo reconoce así, aunque con reticencias: “de seguro, el novel poeta no ha sentido aún las grandes crisis del dolor. Pero el poeta ve siempre el sufrimiento, aun cuando venga todavía muy lejos. Es la alondra del dolor. Sabe que llegará y le prepara la alcoba.”⁴⁴ Reticencias y admiraciones solemnizan los sentimientos del poeta. Con todo hay que subrayar la formación literaria de Peón del Valle en ese momento, sobre todo de poetas de los siglos de Oro, como el primer serventesio del soneto XVIII que inaugura la sección “Estancias” de *Vibraciones*:

No pienses que el amor que me quitaste
Ansie recobrar servil y necio;
Si mi cariño con desdén pagaste,
Pagaré tu desdén con mi desprecio!⁴⁵

Cadencias supone un cambio de tono respecto de *Vibraciones*. La perdición del poeta por amor o el amor inalcanzable otorgan consistencia temática a estos poemas que, en lo formal, suponen una continuación de la primera parte. Pero, a diferencia de *Vibraciones*, la muerte y todo lo que la rodea está muy presente, en ocasiones se deslizan apuntes necrofilicos que invocan ya la estética decadente que, en ese momento, se estaba fraguando. Por ejemplo, en el poema IV:

⁴² M. Gutiérrez Nájera, “Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle”, en *op. cit.*, p. 288.

⁴³ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, ed. cit., p. 9.

⁴⁴ M. Gutiérrez Nájera, “Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle”, en *op. cit.*, p. 288.

⁴⁵ J. Peón del Valle, *Vibraciones y cadencias*, ed. cit., p. 25.

Ven hacia mí y acércate, no importa
 que de la tumba salgas,
 yo te juro, mujer, que muerta o viva,
 Realidad o quimera, te buscaba!
 Quiero que me ames, si para eso es fuerza
 romper la cárcel donde gime el alma,
 ven tú misma a romperla... ¡pero pronto!
 No te detengas... ¡mata!⁴⁶

Versos sentidos y emocionados, que traducen la conmoción interior de un poeta que asiste al espectáculo de su muerte inminente dejando a la amada que asiste igualmente a su desaparición. Así, el poema VIII:

Hoy el mar de la existencia
 surcamos, amada mía,
 y muy lejos de la tuya
 bogando va mi barquilla.
 Mi bandera icé en el mástil,
 Cuando la pierdas de vista,
 sabe que encontré la playa
 y dejo el mar de la vida!⁴⁷

También en esta sección se advierte la presencia de Bécquer, aunque como en el caso anterior, la elaboración de Peón del Valle apenas se acerca al modelo, como en el XV: “Ayer nos encontramos, tu pupila / do mi pupila el fuego retrató.”⁴⁸ Más logrado es el XXII:

Si es cierto como dicen que a los ojos del alma
 Se asoma el alma
 Mírame cuando yo no te contemple,
 Y en mis ojos verás, ángel querido,
 Tu imagen asomada.⁴⁹

Si el temperamento romántico preside el librito, hay que anotar la temperatura decadente que comienza a asomar en los poemas finales. Posiblemente estos versos expliquen que Tablada dirigiera la carta de 1893 a José Peón del Valle, puesto que al libro, sumaba el ejemplo de la

⁴⁶ *Ibid.*, p. 45.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 49.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 60.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 69.

novísima estética. La primera estrofa del XXXI, titulado “Escepticismos”, es ejemplar:

¡Llena mujer, mi copa, y mientras tanto,
con las férvidas gotas de ese llanto
que viertes en tu horrible padecer,
llena otra copa, que beber ansío
la amarga hiel de tu tormento impío,
al apurar el cáliz del placer!⁵⁰

Sensualidad y religión, el sacrificio en el altar del amor, la bebida como trasunto del alcohol que adormece las penas, etcétera, no sólo se exhibe veladamente temas que luego el decadentismo volverá centrales, sino que este poema puede leerse como un pálido antecedente de “Misa negra” de José Juan Tablada. Curiosamente, la serie que integra “Escepticismos” le parece a Manuel Gutiérrez Nájera artificial y carente de voz propia, “entonces no es él. Es un joven que ha leído a Espronceda, pero que no conoce a Jarifa.”⁵¹ Con todo, son estos postreros poemas los heraldos de ese modernismo exacerbado que se llamó decadentismo. Gutiérrez Nájera saluda al nuevo poeta, mediante una reseña a la vez exigente y cordial, como una nueva voz que reivindicaba la modernidad: “Otro más viene a nosotros. Dolor, sirve tu copa! La amistad tiembla y el arte se alborozaba. Nuestros poetas se han ido o preparan el viaje. Pocos, muy pocos, vienen a sustituirlos. Peón del Valle será uno de los bizarros luchadores de mañana.”⁵²

José Peón del Valle reaparece en el panorama literario nacional años después, ya en las páginas de la *Revista Azul*. Doce son las colaboraciones que el veracruzano entregó a la publicación: once poemas y una prosa breve. La mayor parte de los poemas profundiza en el dolor que Gutiérrez Nájera había advertido como privativo de su poesía. Los textos se reparten a lo largo de los dos años de vida de la revista. Así, se suceden “¡Omnia pulvis!”,⁵³ “¡No volvió!...”,⁵⁴ “Ondinas”,⁵⁵ “En el álbum de la

⁵⁰ *Ibid.*, p. 80.

⁵¹ M. Gutiérrez Nájera, “Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle”, en *op. cit.*, p. 289.

⁵² *Ibid.*, p. 290.

⁵³ J. Peón del Valle, “Omnia pulvis!”, *Revista Azul*, t. I, núm. 6 (1894), p. 90.

⁵⁴ J. Peón del Valle, “¡No volvió!...”, *Revista Azul*, t. I, núm. 17 (1894), p. 272.

⁵⁵ J. Peón del Valle, “Ondinas”, *Revista Azul*, t. II, núm. 9 (1894), p. 146.

señorita Dolores Miranda”,⁵⁶ “Realidad”,⁵⁷ “Gota de acíbar (Para el álbum del señor licenciado don Jacinto Pallares)””,⁵⁸ “Gota de acíbar”,⁵⁹ “A una mártir”,⁶⁰ “Reiremos”,⁶¹ “Hacia el reposo”,⁶² “En un álbum”⁶³ y, finalmente, el texto “Por la tarde”.⁶⁴ Los poemas preservan la temperatura de *Vibraciones y cadencias*, pero más cercana ya a la estética que anunciaban los versos de “Estancias”. Poéticamente hay ya un reconocimiento explícito de la estética decadente que opera, además, como la expresión de una afinidad electiva con los otros miembros de la cofradía, como Balbino Dávalos, Atenor Lezcano, Pepe Bustillos, Paquito Olaguíbel o el mismo Tablada. Los poemas de la *Revista Azul* mantienen el pesimismo y la decepción del *Vibraciones y cadencias*, pero se trata de una desolación más madura y asumida, una actitud decantada por elementos decadentes que prefiguran el poemario de 1903, *Poemas y versos*. “Omnia pulvis”, por ejemplo, retoma el tópico del *tempus fugit*, pero ante la inminencia de la muerte, alienta a disfrutar los momentos de placer, en una propuesta plenamente fin de siglo. A su vez, “Ondinas” introduce una atmósfera espectral presidida por las ondinas, mitológicas imágenes de mujeres híbridas desdeñadas. La colaboración más cercana a la estética decadente es “Hacia el reposo”, que recoge temas y motivos frecuentados en las postrimerías del XIX, en que el tedio y la locura, la soledad y la melancolía, muerte y desamor, se presentan como expectativas de la vida misma:

Y ansiosos de consuelos y de ventura,
tras un bien que en el mundo nunca se alcanza,
sin un astro que alumbre su noche oscura;

como el reo al cadalso, febril avanza,
caminan hacia el reposo, que es la locura,
arrastrando el cadáver de su esperanza!

⁵⁶ J. Peón del Valle, “En el álbum de la señorita Dolores Miranda”, *Revista Azul*, t. II, núm. 13 (1895), p. 210.

⁵⁷ J. Peón del Valle, “Realidad”, *Revista Azul*, t. III, núm. 8 (1895), pp. 122-123.

⁵⁸ J. Peón del Valle, “Gota de acíbar (Para el álbum del señor licenciado don Jacinto Pallares)”, *Revista Azul*, t. III, núm. 8 (1895), pp. 122-123.

⁵⁹ J. Peón del Valle, “Gota de acíbar”, *Revista Azul*, t. III, núm. 10 (1895), p. 153.

⁶⁰ J. Peón del Valle, “A una mártir”, *Revista Azul*, t. III, núm. 22 (1895), p. 345.

⁶¹ J. Peón del Valle, “Reiremos”, *Revista Azul*, t. IV, núm. 17 (1896), p. 268.

⁶² J. Peón del Valle, “Hacia el reposo”, *Revista Azul*, t. IV, núm. 26 (1896), p. 409.

⁶³ J. Peón del Valle, “En un álbum”, *Revista Azul*, t. V, núm. 11 (1896), p. 169.

⁶⁴ J. Peón del Valle, “Por la tarde”, *Revista Azul*, t. IV, núm. 20 (1896), p. 310.

En cuanto a la prosa “Por la tarde”, “Canto en prosa” lo califica el autor, se trata de tres fragmentos de un decadentismo indiscutible que convoca a sátiros y demonios, amores perdidos y tristezas inconsolables, ilusiones rotas y muertes inminentes. Sin ser propiamente un poema en prosa, es una prosa muy cercana a lo poético, en donde el recuerdo y la imaginación a la vez propician una atmósfera delirante y ensoñada, monstruosa y desquiciada:

Como pupila verde de Sátiro, fulgura Lucifer en el cielo de la tarde, y es lira el bosque que al viento suena. –Oh moribunda tarde, tarde serena: que dulces recuerdos del tiempo perdido al alma le traes! Suaves cadencias sin notas, y versos sin rimas; remembranzas de un ensueño, – fantasmas de un loco empeño– que jamás se realizó.

José Peón del Valle es un autor peculiar, a diferencias de sus compañeros de promoción, no hizo de la escritura una carrera profesional; no tuvo participación que no fuera por gusto o interés personal en la prensa periódica, tampoco hizo del periodismo una profesión. Todo indica que, desde muy temprano, tenía definido su futuro profesional bien mediante la abogacía, bien en la política. Así, sus poemas obedecen antes a un verdadero interés en la poesía, que a la necesidad de utilizarla como un instrumento para conseguir fama y renombre. La poesía de Peón del Valle es una práctica desinteresada, pero, al mismo tiempo, permite establecer fechas más o menos precisas de la irrupción de la estética decadente en México. Mientras sus camaradas no habían publicado en 1893 ningún poemario, el ya había firmado el primero; unos poemas en deuda con el romanticismo que, sin embargo, en 1893 comienza a arrumbar. Además, no practicó la vida bohemia como sí hicieron sus amigos, lo que demuestra la imagen que quería ofrecer de sí mismo vinculada a lo público.

JUAN PASCUAL GAY
EL COLEGIO DE SAN LUIS

Bibliografía

- AZUELA, Salvador. "Prólogo". En Juan Sánchez Azcona. *La etapa maderista de la Revolución*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1960, pp. 7-9.
- CAMPOS, Rubén M. *El bar. La vida literaria de México en 1900*. Pról. Serge I. Zaitéff. UNAM, México, 1996.
- CEBALLOS, Ciro B. *En Turania. Retratos literarios (1902)*. Luz América Viveros (ed.) UNAM, México, 2010
- CLARK DE LARA, Belem. "¿Generaciones o constelaciones". En B. Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.). *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. T. I. UNAM, México, 2005, pp.
- CLARK DE LARA, Belem y Ana Laura ZAVALA. "El modernismo mexicano a través de sus polémicas". En *La construcción del modernismo. (Antología)*. UNAM, México, 2002, pp. IX y XLV.
- DÁVALOS, Balbino. "Primicias de las Memorias de don Balbino Dávalos". *Revista de Revistas*, año XXVIII, núm. 1472 (1938), p. 48. En Luz América Viveros Anaya. "Estudio introductorio". En Ciro B. Ceballos. *En Turania. Retratos literarios (1902)*. UNAM, México, 2010, pp. XX-XXI.
- Enciclopedia de México*. Enciclopedia de México, México, 1977.
- GAMBOA, Federico. *Mi diario (1905-1908)*. T. IV. CNCA, México, 1995.
- GAMBOA, Federico. *Mi diario (1912-1919)*. T. VI. CNCA, México, 1995.
- GAMBOA, Federico. *Mi diario (1920-1939)*. T. VII. CNCA, México, 1996.
- GARCÍA NARANJO, Nemesio. *El crepúsculo porfirista. Memorias*. Pról. Fernando Curiel y ep. Alberto María Carreño. Factoría Ediciones, México, 1998.
- GÓMEZ FLORES, Francisco J. "Dos palabras". En J. Peón del Valle. *Vibraciones y cadencias*. S. e., México, 1886, pp. VII-XIV.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel. "Vibraciones y cadencias, de José Peón del Valle". En *Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana, Obras*. T. I. Ed. Erwin K. Mapes. UNAM, México, 1995, pp. 287-290.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel. "Buscando casa". En *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera. Prosa*. T. II. Pról. A. Nervo, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1903, pp. 379-382. En B. Clark y A. L. Zavala. *La construcción del modernismo. (Antología)*. UNAM, México, 2002, pp. 104-105.
- NERVO, Amado. "Fuegos fatuos. Los poetas mexicanos y el pueblo". *El Nacional*, t. XVIII, año XVIII, núm. 297 (1896), p. 2. En B. Clark y A. L. Zavala. *La construcción del modernismo. (Antología)*. UNAM, México, 2002, pp.
- PEÓN DEL VALLE, José. *Vibraciones y cadencias*. s. e., México, 1886.

- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Omnia pulvis!". *Revista Azul*, t. I, núm. 6 (1894), p. 90.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "¡No volvió!...". *Revista Azul*, t. I, núm. 17 (1894), p. 272.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Ondinas". *Revista Azul*, t. II, núm. 9 (1894), p. 146.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "En el álbum de la señorita Dolores Miranda". *Revista Azul*, t. II, núm. 13 (1895), p. 210.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Realidad". *Revista Azul*, t. III, núm. 8 (1895), pp. 122-123.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Gota de acíbar (Para el álbum del señor licenciado don Jacinto Pallares)". *Revista Azul*, t. III, núm. 8 (1895), pp. 122-123.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Gota de acíbar". *Revista Azul*, t. III, núm. 10 (1895), p. 153.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "A una mártir". *Revista Azul*, t. III, núm. 22 (1895), p. 345.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Reiremos". *Revista Azul*, t. IV, núm. 17 (1896), p. 268.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Hacia el reposo". *Revista Azul*, t. IV, núm. 26 (1896), p. 409.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "En un álbum". *Revista Azul*, t. V, núm. 11 (1896), p. 169.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. "Por la tarde". *Revista Azul*, t. IV, núm. 20 (1896), p. 310.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. *Poemas y versos*. J. Balleescá y Ca., México, 1903.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. *Tierra nihilista. Recuerdos de Rusia*. Antigua Imprenta de Murguía, México, 1907.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. *Cuba Victrix. (Romancero de la guerra de Independencia)*. Librería Cervantes de Ricardo Veloso, La Habana, 1918.
- PEÓN DEL VALLE, JOSÉ. *Brumas del norte. (Leyendas y tradiciones)*. Valencia, s. f.
- PERALES OJEDA, Alicia. *Las asociaciones literarias mexicanas*. UNAM, México, 2000.
- SÁNCHEZ AZCONA, Juan. *La etapa maderista de la Revolución*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1960.
- SÁNCHEZ AZCONA, Juan. *Apuntes para la historia de la Revolución Mexicana*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1961.
- TABLADA, José Juan. "Diez semblanzas. Los artistas literarios. Balbino Dávalos". *Crítica literaria. Obras completas*. T. V. Ed., selec. y pról. Adriana Sandoval. UNAM, México, 1994, pp. 83-84.
- TABLADA, José Juan. *Diario 1900-1944. Obras*. T. IV. Ed. y nots. Guillermo Sheridan. UNAM, México, 1992.
- TABLADA, José Juan. "Cuestión literaria. Decadentismo". En B. Clark y A. L. Zavala. *La construcción del modernismo. (Antología)*. UNAM, México, 2002, pp. 107-110.

TABLADA, José Juan. *La feria de la vida. Memorias I. Obras*. T. IX. Ed. y notes. Fernando Curiel Defosée. UNAM, México, 2010

Rip-Rip, ver Nervo, Amado.